



Era como yo

Elizabeth Leguizamo
Lic. en Letras Hispánicas UAA, 7º semestre

Mi mamá decía que H era como yo, pero por más esfuerzo que hacía, mi memoria lo recordaba así como estaba. Aunque “estar” sólo era un decir, porque la mente le navegaba por el hilillo de saliva que le chorreaba de la boca entreabierta. Su camisa escurrida y sus carnes desparramadas en la silla de ruedas sugerían que su conciencia era un charco en el piso de la sala. Me parecía que esas manchas color ocre que mamá limpiaba eran recuerdos, porque a pesar de su condición, él no era tonto como todos pensaban. A veces, incluso, me daba la sensación de que H nos había engañado.

Me gustaba imaginar que su boca, permanentemente abierta, era un señuelo falso; una distracción en apariencia insignificante. Comencé a descifrar cómo se movían los diferentes aires alrededor de su cuerpo inmóvil. Puse atención a su mirada y aprendí que le dolía escuchar ciertos temas, lo notaba en sus ojos que se retraían y brillaban menos. Creo que recordaba momentos tristes que se convertían en agua. Agua que salía sucia después de lavarle las entrañas.

Mamá no se enojaba por los accidentes; iba y venía con el trapeador, la cubeta y el limpia pisos, sin irritarse. Ya estaba cansada, pero lo quería. Se apresuraba a bañarlo antes de que se le endurecieran las manchas y oliera feo. No quería que su hijo se ensuciara por fuera de aquello que le escurría desde dentro. Llegué a pensar que, al final, ella también enfermaría, pero de locura, porque a veces percibía voces que parecían estar luchando en el abismo de su cuerpo.

Siempre le justificó a H lo que sobrevino con su enfermedad, porque de eso ella sí era culpable. “Fue un accidente, hijo, a muchos les pasa”. Lo cierto es que sí, hay muchos como H allá afuera, pero ninguno está así por voluntad, sino por la intervención de ellos. “Los doctores dicen que es mejor así. Aquí te cuido, aunque no muevas una pestaña ni me abras. Hubieras vivido tu vida y ya, qué te costaba, siempre hicimos eso en esta familia. No digas nada. No te esfuerces. O mejor sí, aunque sea voltea a verme. ¿Sabes qué es lo peor? Que los otros se están muriendo; es el destino de los enfermos porque el gobierno no puede curarlos a todos. Al menos yo puedo pagarte el tratamiento. Dijeron que

con esto ibas a estar controlado. Estás, como en piezas, pero estás. Y así te quiero”, se respondía sola. Él se encogía en un silencio engañoso y arriba de su boca muda, olvidada por los médicos, ocurrían cosas. Por los ojos todavía se le filtraba un resquicio del mundo.

Varias veces le pregunté a mamá sobre el padecimiento de H, pero se le hacían lagunas en los ojos; yo no quería que también a ella se le salieran los recuerdos y dejé de interrogarla. Mejor guardaditos; quizá con el tiempo me los entregaría sin que se le hicieran agua.

Un día me vio esculcando las enciclopedias y se emocionó; creyó que estaba buscando a Dios. No la desmentí. Luego supe que no temía que yo indagara, porque de todos modos no iba a obtener información. Los libros sólo hablan de lo que necesita el hombre para andar por el camino del bien, ése que fue dibujado por el dedo que vivió antes que cualquiera. H y yo tuvimos la desgracia de haber nacido mucho después y no pudimos observar cosa semejante. Tampoco íbamos a entenderlo porque era un tema divino para nosotros.

Alimenté su idea con mi buen comportamiento y me gané su confianza. Pasado un tiempo me cedió la responsabilidad de inyectarle a H su medicina. Para entonces ya había comprendido más o menos lo que sucedía. Aunque todavía no tenía el nombre exacto del padecimiento, decidí que H quería morir. Prefería eso a ver cómo se le iba saliendo la vida de los ojos. Mientras estuve a su cargo, H no volvió a ver una sola jeringa.

Un día, en las horas en que nos quedábamos solos en casa, H me miró. Por primera vez fijó conscientemente la mirada en algo. Fue bonito verlo que miraba. Mamá le informó al doctor y él le dijo que aquello no correspondía a las reacciones del medicamento que le mandó suministrar. Fue lo único que ella me contó. Después –intuyo–, la consulta dejó de tener como eje el diagnóstico de H. TND (Trastorno Negativista Desafiante), –dijo el doctor–, su hijo también está enfermo.

Todavía retumban sus palabras: “Está haciendo lo correcto, señora”. Un brillo intenso encendió los ojos de H con los pocos recuerdos que le quedaban. Varias manos me sujetaron con fuerza. Cuando desperté, le busqué la mirada y volteé hacia el piso. Los recuerdos y él se habían cerrado para siempre. Lo demás no está al alcance de mi memoria. Lo único que supe fue que yo también era H, igual que él, igual que muchos.